



ISBAR Y LA FLECHA
DE LA PRIMERA LUZ

Lola Monterreal Espinosa

ISBAR Y LA FLECHA
DE LA PRIMERA LUZ



Primera edición: junio de 2021

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Lola Monterreal Espinosa

ISBN: 978-84-18828-14-0

ISBN digital: 978-84-18828-15-7

Depósito legal: M-19719-2021

Editorial Adarve

c/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

ÍNDICE

I.....	11
II.....	17
III.....	21
IV.....	27
V.....	33
VI.....	37
VII.....	49
VIII.....	57
IX.....	65
X.....	71
XI.....	83
XII.....	89
XIII.....	95
XIV.....	101
XV.....	109
XVI.....	117
XVII.....	121
XVIII.....	129
XIX.....	133

I

En la oscura madrugada de un año perdido en el tiempo nació Isbar, tercera hija de la sabia hada Rouna. Fue este un singular nacimiento, ya que la pequeña quiso venir al mundo cuando los habitantes del Monte Coronado celebraban la primera noche de primavera. En esta fantástica velada, duendes, gnomos y hadas cantaban y danzaban entre candiles colgantes y fugaces serpentina de luz, allá donde la magia juega bajo la luna y donde las luciérnagas se confunden con las estrellas.

Cuentan los ancianos del lugar que las hadas de estos parajes adquieren su apariencia de aquel primer entorno que las vea nacer. Es por eso que su pelo será luminoso y dorado si en aquel preciso momento reinó la luz de la mañana o, por el contrario, será rojo y candente si fue un ocaso de otoño. El color de sus ojos se asemejará al de aquella primera flor que al abrirlos viera y la tez de su rostro reflejará el destello del sol o el brillo de las estrellas.

Cuando hada Rouna supo que llegaba el momento, quiso apartarse de aquel bullicio. Necesitaba sentirse sola y no pidió ayuda alguna. Pensó que nadie debía de renun-

ciar a la fiesta que durante tantos meses habían esperado. Así pues, fue introduciéndose en el bosque para tener algo de paz y buscó entre el abrigo de los árboles un sitio donde ni la música ni los cánticos perturbaran el nacimiento.

Esa misma noche, un matrimonio de aldeanos corría entre la oscuridad llenos de angustia y temor, pues la malvada bruja Kranda había robado a su hijo. Volvían la madre y el niño del bosque a la aldea cuando una inexplicable fuerza arrebató la mano del pequeño hasta hacerlo desaparecer entre la profundidad del bosque. Los desgarradores gritos de la aldeana llegaron a oídos del padre y, tras acudir este a su encuentro, se encaminaron desesperadamente los dos hacia la búsqueda del niño. Sin luz de luna, sin rumbo, pero ante todo sin miedo, se introdujeron en el bosque armados tan solo de coraje y esperanza.

Mientras la bruja vagaba con el pequeño en brazos, oyó un leve gemido procedente del claro del bosque. Esto le llamó la atención y, acercándose sigilosamente, pudo comprobar que se trataba de Rouna y que, para su sorpresa, esta, indefensa y sin compañía alguna, se disponía a dar a luz. «¡Qué glorioso momento!» pensó. Nunca en otras circunstancias se habría enfrentado a ella pero ahora era diferente y, si aprovechaba la comprometida situación, podría no solo llevarse a un niño, sino también a un bebé hada, siendo esta además hija de la admirada Rouna.

—¡La noche es hoy oscura al igual que tu suerte! — pronunció una voz tan ronca como el trueno—, porque mucho me temo, que vas a perder a tu hija.

El hada se estremeció. Aquella situación no le parecía real ¡Cómo había podido llegar a ser tan confiada y alejarse tanto de los demás en un momento tan delicado para ella!

—No deberías estar tan segura de lo que dices, Krandá. Aquí donde me ves, recostada e indefensa, sé que la magia no abandonará mi suerte, como tampoco lo harán mi valor y mi templanza —exclamó Rouna.

En ese mismo momento, comenzó el nacimiento de Isbar, ante la perversa mirada de la bruja y sin que su madre pudiera hacer nada para retenerlo. Pero el hada tenía razón y la suerte se puso de su parte. Milagrosamente, los aldeanos habían encontrado el rastro de su hijo y llegaron a aquella escena en el momento más oportuno. El hombre, al divisar a la bruja, lanzó una imponente hacha que, atravesando la oscuridad, clavó sus ropajes en un robusto árbol. Mientras esta intentaba liberarse, el pequeño aprovechó el momento para huir y correr hacia sus padres.

Pero aquel fuerte hachazo había sido lanzado sobre uno de los robles más antiguos del bosque. Su dura corteza había presenciado insólitas escenas a lo largo de su historia, pero nunca nadie le había hecho sentir tal dolor. Cuando aquel impacto lo despertó de su plácido sueño, lo que encontró al abrir los ojos fue a una desafortada bruja pegada a su tronco y con un hacha en la mano. Pensando que había sido ella la causante del ataque, enfureció de tal forma que abrió su tronco a modo de cueva y con las ramas de su copa introdujo a la bruja en él para luego volver a cerrarlo como si nada hubiera acontecido.

Los gritos de la hechicera fueron perdiéndose en la noche hasta que volvió a reinar el silencio.

Con gran asombro presenciaron aquellos padres la insólita escena, pero para ellos lo más importante ahora era volver a tener a su hijo. Tan llenos de gozo estaban, que no habían reparado en la presencia del hada, hasta que, de pronto, oyeron el llanto de un bebé. La aldeana se enterneció tanto ante aquella dulce imagen, que no pudo por menos que ofrecerles su ayuda y el hada, en agradecimiento, dejó que la buena mujer tomara a su hija en brazos.

—Habéis logrado salvarnos. Esto será algo que nunca olvidaré.

—Nosotros tampoco podremos olvidar que, gracias a este nacimiento, pudimos alcanzar a la malvada bruja —añadió el aldeano.

Rouna reparó entonces en aquel niño asustado que, abrazado a las piernas del padre, contemplaba cómo su madre mantenía a un bebé en brazos.

—Acércate, pequeño —dijo dirigiéndose a él.

El niño se aproximó a ella sin temor alguno. La bella hada, acostada entre los árboles y rodeada de su fantástico halo, era muy diferente a la bruja que acababa de desaparecer.

—Afortunadamente, gracias al coraje de tus padres, esta noche ha cambiado nuestra suerte. Es una lección que debes aprender —dijo cogiéndole la mano—, por ello te deseo que aquello en lo que tu corazón crea, llegue algún día a realizarse.

Entonces, el hada dibujó con el dedo una pequeña estrella en su palma.

—Será el recuerdo de esta noche. Quizás algún día volvamos a vernos —añadió.

De esta forma y con gran alegría, se despidieron amistosamente.

Hacía poco que había comenzado a amanecer y Rouna volvió con su bebé en brazos al encuentro de las demás hadas. Mientras atravesaba la fresca hierba, la claridad comenzó a darle a conocer los primeros rasgos de su hija. El hada se sorprendió al contemplar tan inusual belleza. Isbar, tenía el pelo tan oscuro como la noche y tan brillante como el rocío. Le había robado a las violetas del bosque un peculiar color para sus ojos y su rostro manifestaba la alegría de la primavera y la tranquilidad del bosque.

Caminaba deleitada con el aspecto de su hija, cuando reparó en algo extraño «¿Dónde está su halo de hada?» pensó. Por más que buscaba entre el humilde mantón que le había ofrecido la aldeana, no había rastro alguno de luz en su pequeño cuerpo. El hada recapacitó por un momento en lo que había pasado. Su agradecimiento la había cegado por completo, sin darse cuenta en las condiciones en que había nacido su hija. El primer ser que había visto al abrir los ojos había sido la aldeana ¿Sería aquella la razón? «Alguien de naturaleza distinta a la nuestra... alguien sin luz» reflexionó. Ahora algo de confusión sentía la madre dentro de sí. Presentía que Isbar, de algún modo, no iba a ser igual que las demás y... el tiempo le

daría la razón. Su hija no solo recibió de la aldeana su bondad y su alegría, sino mucho más que eso, recibió también algo de su condición humana.

II

La vida siguió transcurriendo en el Monte Coronado, llamado así porque sobre sus cumbres se suspendía permanentemente una niebla en forma de corona.

Las tres hijas de Rouna fueron creciendo bajo la atenta mirada de su madre. Esta pertenecía al consejo de sabias, hadas que, por su comportamiento y destreza con la magia, eran las encargadas de tomar difíciles decisiones o de resolver grandes problemas.

En esta peculiar comunidad del bosque, cada una recibía una misión. Las hadas estudiosas dedicaban su tiempo en profundizar sobre las plantas, los animales, las estrellas y, cómo no, en los sortilegios. Las arqueras defendían aquellos parajes. Tras un duro aprendizaje, llegaban a ser veteranas y cuando esto ocurría, subían a las cumbres en días de tormenta y la brava tempestad les otorgaba su merecido premio. Entre la lluvia y el trueno, alzaban sus manos para alcanzar los valiosos rayos que el cielo desprendía, para luego atesorarlos como las más infalibles flechas. Las artistas protegían los colores de las flores y avivaban los reflejos del agua. También las emo-

ciones eran expresadas con diferentes matices de luz que desprendían sus halos, peculiar lenguaje con el que nunca podían ocultar aquello que sentían. Pero la labor más importante era la protección del bosque y sus cercanías, así como de los seres que en él vivían, sobre todo los humanos, por los que sentían gran debilidad.

El mundo de Isbar era tan bello como fascinante. Ya desde corta edad, se podía apreciar en cada una de las hadas el talento que las definiría.

Isbar pronto encontró su pasión. Siendo aún muy pequeña, jugaba con las ramas de los árboles, afilándolas minuciosamente para lanzarlas luego con una especie de arco fabricado por ella misma. Hada Rouna la observaba con curiosidad, no solo por aquella habilidad que poseía, sino porque seguían apareciendo en ella cualidades impropias de la naturaleza de un hada. Nunca se manifestó su halo, como tampoco crecieron sus alas y en el arte de la magia todo intento era fallido. Prefería chapotear en el barro a colorear pétalos de flores o irisar los reflejos del lago y amaba más lo real que aquel mundo fantástico al que pertenecía. Sin embargo, era capaz de trepar y saltar por los árboles a una velocidad vertiginosa, con tan ágiles movimientos que a veces lograba adelantar al vuelo de las demás hadas. Todas ellas eran capaces de comunicarse con los animales del bosque, pero Isbar lo hizo casi antes de hablar, imitando sus sonidos o adelantándose a sus intenciones. No solamente poseía estos talentos, también era capaz de visualizar mejor que ninguna en los cristales de la Gran Gruta.

Esta cueva milenaria, situada sobre una gran colina, era de una belleza extraordinaria y, desde tiempos inmemoriales, había servido a las hadas para realizar sus propósitos. Esto era debido a que las paredes que la formaban se disponían cual mágicos cristales que les mostraban el mundo exterior, ese mundo que tanto precisaba su ayuda. Mediante ellos, podían observar y vigilar todo lo que acontecía. Sufrimiento, alegría o peligro aparecían ante ellas como si cientos de puertas se abrieran ante sus ojos. Pero todo esto había sido posible gracias a la Flecha de la Primera Luz. Este singular objeto, clavado en la pared central de la gruta, era considerado como lo más preciado para ellas. En uno de sus antiguos libros se narraba la leyenda de un hada arquera, la cual después de ayudar a liberar a una desdichada bruja, esta le regaló en agradecimiento una peculiar piedra. Imana, que así se llamaba el hada, la encontró tan hermosa que decidió tallarla y hacer con ella una punta para su más perfilado vástago. Tiempo después, hubo una gran batalla contra los ogros, en la que las hadas presagiaban la derrota. En uno de los campos de combate, esta arquera disparó la flecha, mas fue a desviarse por error hacia el interior de la cueva, clavándose fuertemente sobre una de sus paredes. Al chocar su mágica punta sobre la roca, esta comenzó a cristalizarse poco a poco, transformando finalmente la totalidad de su interior. Mas aquella era la última flecha de la que disponía el hada y cuando se apresuró a recuperarla lo que encontró al entrar a la gruta le pareció algo verdaderamente milagroso. Aquellas luminosas paredes

comenzaron a crear imágenes y fueron mostrándole todos y cada uno de los pasos que realizaba el enemigo. De esta forma, lograron ganar la batalla. Generación tras generación fue guardada y vigilada celosamente por ellas. De todas era sabido que si algún día llegara a desaparecer, las imágenes de la Gran Gruta comenzarían pronto a desvanecerse.

Isbar iba creciendo y también notando la carencia de ciertas aptitudes, sin saber el por qué de aquella razón. Pensativa y cabizbaja preguntaba a menudo a Rouna:

—Dime, madre ¿Por qué carezco de halo? ¿Por qué no crecieron mis alas? ¿Por qué no puedo hacer lo que hacen las demás?

—No hace falta tener halo para ser un hada bella, el brillo de tus ojos supera a cualquier resplandor. Tampoco necesitas volar para conseguir alguna proeza, tu valor te encamina de otra forma. Si no haces lo que las demás, es porque tus talentos son otros. Tú eres Isbar, así naciste y aquello que hagas bien será lo que te haga grande. Recuérdalo siempre, hija mía —contestaba Rouna acariciando suavemente su pelo.

Estas sabias palabras consolaban a la pequeña y conseguían hacerla fuerte pero Isbar no valoraba ni intentaba perfeccionar sus buenas aptitudes, tan solo sentía que su corazón quebraba cual escarcha en el camino, cuando para ciertas misiones en las que se requería la magia nunca contaban con ella.